

Por último, también la lengua en sí es un rasgo del carácter de la ciudad y constituye, indirectamente, un tema más en los artículos de Roth. A pesar de la dificultad de traducción, la versión española de Carlos Fortea no resta un ápice de fuerza ni de gracia al original y da muestra de una gran creatividad para salvar las distancias culturales con respecto a lo “kakánico”, ofreciéndonos una clara idea del peculiar alemán vienés, con sus dialectalismos, sus nombres exclusivos para elementos que sólo pueden existir allí y sus ingeniosos juegos de palabras.

En suma, este *Libro de lecturas vienesas* es una bellísima colección de instantáneas que componen un completo mosaico de la realidad de esa Viena posterior a la Primera Guerra Mundial, ciudad de santos bebedores y de ciudadanos a la deriva en una fuga sin fin, ciudad acosada por la crisis económica y las tensiones políticas de la Primera República de Austria, sumida en la melancolía más profunda por la ausencia de su emperador y por el desmembramiento del gran Imperio que fuera en otro tiempo al son de la Marcha Radetzky, a veces pomposa, a veces también cochambrosa y siniestra y, al mismo tiempo, llena de vida, bohemia, pícara, poética... y, por supuesto, siempre preparada para una charla inteligente frente a un buen café.

Isabel GARCÍA ADÁNEZ

STAMM, Peter: *Los voladores*. Traducción de José Aníbal Campos. Acantilado: Barcelona 2010. 172 pp.

Reconocido hasta por Reich-Ranicki y ganador de numerosos premios en su ámbito, el suizo Peter Stamm aún no ha logrado producir un fuerte impacto allende las fronteras germanohablantes, incluso pese a que su obra está siendo asiduamente traducida al menos al inglés y al español. Consecuentemente, la pregunta lógica es la de si estamos en presencia de una nueva gran pluma *regional* (ese triste destino helvético que parece haberse vuelto todo un lugar común) o si aún se precisa tiempo para que su prosa se expanda y halle un público más amplio. La editorial Acantilado nos proporciona ahora un nuevo elemento de juicio, y entre los germanistas ya puede hablarse de un *corpus* sustancial a la hora de emitir un dictamen, dado que en ningún sentido puede hablarse de un autor novel.

*Los voladores* es la segunda colección de relatos que llega a nuestra lengua, tras la auspiciosa *Lluvia de hielo* (publicada por la misma casa editorial años atrás), y mientras que en esta última el foco estaba puesto en la soledad y la angustia de los personajes, *Wir fliegen* –tal el título original– se concentra en el análisis relacional, por así decirlo, de sus caracteres, descriptos con menos *pathos* y mayor rigor analítico. Pues el autor pone mucho más énfasis en la introspección que en la narración en sí, y de hecho su modelo de lector parece ser alguien que observa sus congéneres a distancia, tratando de comprenderlos en sus miserias internas y a pesar de sus eventuales máscaras y disfraces (como sus vínculos familiares, roles sociales, funciones laborales, esquemas etarios y genéricos, etc.). Sin duda a este propósito obedecen el escaso uso del narrador en primera persona y la simpleza de

las historias presentadas, que a menudo no pasan de ser pequeñas anécdotas de encuentros y desencuentros. Cuando la protagonista del primer relato confiesa “Estamos mucho más próximos cuando no estamos juntos” (20), no podemos equivocarnos: Stamm ha querido, paradoja mediante, condensar a una cifra mínima su poética personal, o en todo caso la psicología de sus criaturas (mayormente femeninas, como ya había ocurrido con sus novelas *Agnes* y *Paisaje aproximado*), que experimentan una insuperable disfunción afectiva. (Imposible no evocar al respecto las palabras del transido D’Albert de Gautier cuando admite: “nunca he estado más lejos de mi amante que cuando me estrechaba contra su corazón”; *Mme. de Maupin*, cap. III). El relato *En la vejez*, así, puede leerse como una especie de *summa poetica*: ante la tumba de una mujer amada, ya entrada en la inmortalidad bajo el signo de la incomprensión y el malentendido, dos hombres dialogan, o mejor dicho, intentan dialogar; en vida, nadie supo ayudar o apoyar a la difunta, y ahora es demasiado tarde para redención alguna, siquiera retórica.

Párrafo aparte merece el relato que da nombre a la antología, donde el problema futuro de una pareja aún no consolidada, el niño (un niño que además ha sido olvidado por sus propios padres), se hace presente y obliga a una penosa toma de conciencia... La angustia se resuelve como es tradicional en este autor: una puerta cerrada, un llanto amargo y silencioso, y eso terrible que no se dice y que un miembro de la pareja nunca entenderá. De paso, el cuento nos muestra a un Stamm que, sin ser Salinger, sabe captar muy bien, cuando quiere, la compleja psique infantil (rasgo que también distingue al último relato del volumen), y se entiende por qué el juego de volar, con el que el niño se evade de su realidad familiar, bautiza a toda esta serie de relatos, infaltablemente protagonizados por personajes que no desean estar donde están en el momento en el que el narrador de turno los atrapa con su fría lupa, sin otro perdón ni empatía que la del mero registro de lo humano.

Se ha discutido largamente sobre la conveniencia de que un libro de cuentos responda a una misma tónica dominante o esponga, en cambio, una pluralidad de temas y matices. Es claro que Stamm apuesta por lo segundo, al punto que sorprende la diversidad de ángulos y perspectivas con los que es capaz de volver una y otra vez sobre los mismos problemas recurrentes. Esa variedad de enfoques, por cierto, no se prodiga en los escenarios, casi siempre gélidos, brumosos, solitarios: paisajes alpinos o suburbanos por donde transitan seres que no solo no obtienen respuestas, sino que ni siquiera pueden formular las preguntas.

Marcelo G. BURELLO